

SUSANNA TAVERA Y PILAR PÉREZ-FUENTES: EL COMPROMISO CON EL FEMINISMO Y LA HISTORIA*

Nerea Aresti
Miren Llona

SUSANNA Tavera y Pilar Pérez-Fuentes son dos piezas clave de la historiografía de las mujeres y de género durante las últimas décadas. La trayectoria investigadora de ambas muestra la diversidad temática y metodológica de un colectivo de historiadoras que ha marcado una época. Sin embargo, los paralelismos son también significativos. Feministas y luchadoras antifranquistas, tanto Pilar Pérez-Fuentes como Susanna Tavera llevaron al ámbito académico sus inquietudes intelectuales y su afán transformador. La universidad fue para ambas un nuevo terreno para el compromiso social y, sobre todo, feminista. Desde este compromiso, se embarcaron en proyectos tales como la Asociación Española para la Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM), instrumentos que han resultado fundamentales para garantizar la presencia y la legitimidad de una historia a contracorriente. En las siguientes páginas, Tavera y Pérez-Fuentes nos ofrecen, en primera persona, un valioso testimonio de su trayectoria vital y académica a lo largo de estos años.

Cuando nos acercamos a la memoria de Susanna Tavera, llama la atención cómo el presente se entreteteje con el pasado para establecer el punto de partida desde donde contar su trayectoria como historiadora. Los catorce años cumplidos por su nieta le hacen retroceder en el tiempo para verse a ella misma, con esa edad, tomando decisiones que marcarían su futuro. A la vez, el impulso autobiográfico que ha guiado su relato ha rescatado del pasado el recuerdo de su padre que, dedicado a escribir biografías, resultó un mentor privilegiado que estimuló su interés por la historia en general y por el género biográfico en particular. En la fascinación que los sujetos del pasado ejercen sobre nosotros, Federica Montseny ocupa el centro de la escena de Susanna Tavera (*La Indomable (1905-1994)*), que publicó en 2005, no es solamente una biografía sobre la líder anarquista. Se trata de un ejercicio de búsqueda de otros significados de ser mujer, de proyectar nuevos ideales al hecho de estar en el mundo como mujeres, de asumir los riesgos que acarrea alejarse de la feminidad normativa, de comprender, en definitiva, el sentido profundo de estas palabras escritas por Montseny en 1927, en su novela homónima *La Indomable* y que presiden el libro de Susanna Tavera:

Si dejas desarrollar tu talento en todos los aspectos, si proyectas tu visión crítica hacia todos los terrenos. Si no te preocupas por conservar tu buena compostura de mujer decente [...]. Si te mantienes orgullosamente alejada del mundo, despreciando la relación social y gustándote este calificativo de

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto “El desorden de género en la España contemporánea. Feminidades y masculinidades” (PID2020-114602GB-I00), MINECO y FEDER, y el grupo de investigación ‘La experiencia de la sociedad moderna en España 1870-1990’ IT 1312-19 (código OTRI, GIC18/52).

¹ Federica Montseny, *La Indomable*, Castalia, Madrid, [1927] 1991, p. 85.

indomable. Si te formas una personalidad y una vida y estás dispuesta a emanciparte del sexo y obrar como un ser humano o... sobrehumano. Si sigues este camino serás irremediabilmente desgraciada; no habrá hombre que se atreva contigo y serás una de esas existencias que son asombro y lástima de las generaciones futuras.¹

Así, el interés de Susanna Tavera por Montseny va más allá del compromiso historio-gráfico. Para una mujer feminista que en los años 60 y 70 rompe con las convenciones impuestas a la feminidad por el franquismo, pero que también se enfrenta a los recelos de las organizaciones antifranquistas hacia la acción de las mujeres, encontrar nuevos referentes de ser mujer, fuera de lo común, ha sido una necesidad sentida y compartida. Vida, que así se llama la protagonista de la novela de Montseny, es el personaje rebelde, dispuesto a desafiar reglas y a tomar riesgos, una figura que ha inspirado a Susanna Tavera. De hecho, la mujer indómita imaginada por Montseny era una propuesta para la vida, era su respuesta, en el terreno de la ficción, a los interrogantes que plantea el camino de la emancipación a las mujeres. Al escribir la biografía de Federica Montseny, Susanna Tavera ha tenido la oportunidad de transformar esa experiencia de vida individual en “un poderoso instrumento de identificación social y personal”, como sugiere María José de la Pascua.²

La memoria individual de Susanna Tavera también se construye en torno a la palabra militancia, una experiencia que forma parte de la memoria colectiva de la generación que durante la transición albergó grandes expectativas de cambio político y social. El término militancia, hoy prácticamente en desuso o sustituido por la palabra activismo, aunque no signifique lo mismo, es una actitud que va más allá de la movilización, que tiene que ver con el compromiso asociativo y con la implicación organizativa para promover el cambio. Se trata de confluir colectivamente, y de hacerlo de manera desinteresada y sostenida en el tiempo. Esa actitud, que finalmente se convierte en un talante ante la vida, ha marcado la trayectoria de Susanna Tavera como historiadora feminista. Así lo demuestra su intensa e incesante dedicación a la institucionalización académica de los estudios feministas, que va desde la creación de la AEIHM, a la puesta en marcha de la revista *Arenal*, o la participación en el iEDG.

Respecto a la orientación que ha tomado su trabajo como historiadora, su convencimiento, a propósito de la necesidad de abordar la historia de las mujeres de modo transversal, ha marcado su obra. Se trata de romper los departamentos estancos y de que la historia social en su conjunto adopte una perspectiva de género. Se trata de dar al pasado otro significado, al calor de la investigación feminista. Se trata, asimismo, de mostrar el protagonismo de mujeres decisivas para la comprensión del cambio social, pero que han quedado ocultas por el hecho de ser mujeres. Para lograrlo, Susanna Tavera ha utilizado todos los medios de difusión a su alcance: libros, artículos, conferencias, exposiciones gráficas. Desde todos estos ámbitos, su trabajo es una referencia necesaria.

En el obligado hilo conductor que su testimonio traza entre pasado presente y futuro, Susanna Tavera muestra que lo conseguido hasta ahora es mucho, pero que la revuelta sigue abierta, y que hay muchos retos pendientes en la agenda feminista. En lo personal, dar un vuelco a la vida privada y familiar para que el peso de la doble jornada deje de marcar la carrera de las jóvenes investigadoras; en lo político, reforzar la red feminista y hacerlo disfrutando de la alegría y del entusiasmo que aporta trabajar colectivamente. A la hora de pensar en el futuro, el feminismo sigue siendo una de las fuentes de inspiración de Susanna Tavera, su modo particular de alcanzar la *auctoritas*, es decir, la visibilidad y el poder sobre su propia experiencia vital.

² María José de la Pascua, “Las mujeres en la España Moderna”, en Cándida Martínez, et. al. (dirs.), *Enciclopedia biográfica de mujeres en la Historia de España*, Planeta, Barcelona, 2000, pp. 189-202.



Susanna Tavera

SUSANNA TAVERA (MADRID, 1945). EL PROYECTO DE LAS '70, UNA PRÁCTICA HISTORIOGRÁFICA EN CONSTRUCCIÓN

Diversos imprevistos han retrasado la hora de sentarme a la mesa y de darle formato por escrito a la entrevista que con extraordinaria deferencia me propusieron dos profesoras de la Universidad del País Vasco, Miren Llona y Nerea Aresti, cuando el verano iniciaba las largas noches de insoportable bochorno. La casualidad ha hecho que mi nieta haya cumplido catorce años hace tan solo unos días y que, ante su interés por cómo eran los estudios de mi época, los de la década de 1950, yo haya rememorado para ella cómo fueron aquellos catorce años, cuando recién acabado el bachillerato elemental, nosotras teníamos que elegir entre Ciencias o Letras. Era demasiado pronto para unas adolescentes titubeantes e inexpertas y, en mi caso, la elección apeló al romanticismo juvenil que acostumbra a envolver la visión de un futuro profesional todavía lejano. Con la misma sinceridad con que voy a plantear en adelante esta entrevista, debo decir que me equivoqué decidiéndome por magisterio, que el posterior ejercicio docente me llenó de insatisfacción, y que abandoné la enseñanza para cursar la licenciatura de Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona y ampliar estudios más tarde en las de Oxford y Emory (Atlanta, en los USA) y que aposté, casi al mismo tiempo, por la carrera universitaria y la investigación.

Ya he escrito en alguna otra ocasión que mi padre fue un abogado que, como tal, nunca ejerció y en cambio se dedicó siempre al periodismo radiofónico en diversas emisoras de Madrid y Barcelona. Al mismo tiempo y, a menudo, para hacer frente a apuros económicos, se dedicó a escribir biografías, entre ellas algunas de mujeres (*Las grandes Amantes de la Historia* para la Editorial Gassó y Hnos., o, en formato bolsillo, las de Isabel II y la Infanta Isabel de Borbón “La Chata”, e, incluso, algunas otras para la pequeñísima colección presuntuosamente llamada Enciclopedia Pulga). Eran aproximaciones no historiográficas, fruto

de un diletantismo cultural y de una acusada afición por la historia. Los resultados eran bastante *apanyadets*, como decimos en catalán. No lo percibí entonces y tuvo que pasar el tiempo para que me diera cuenta de que aquella dedicación suya a las biografías de mujeres motivó el entusiasmo con que acepté coordinar aquella Enciclopedia Biográfica que llevaba por título *Mujeres en la Historia de España* y en la que participaron un amplio elenco de historiadoras e historiadores, dirigidos por Cándida Martínez, Reyna Pastor, yo misma y María José de la Pascua, nuestra querida y admirada compañera así como entrañable amiga, recientemente desaparecida.

Diversas razones personales, que no hacen ahora al caso, motivaron mi temprano interés en investigaciones en el campo del anarquismo, en el de sus formas grupales como elemento básico de militancia libertaria y, sobre todo, en el de la prensa periódica anarquista que tan importante papel jugó hasta el final de la Guerra Civil en la hegemonía de los sindicatos anarcosindicalistas de la CNT entre los obreros manuales de Cataluña. La capacidad militante y el activismo de tres mujeres anarquistas captaron enseguida mi interés: Teresa Mañé, más conocida como Soledad Gustavo, el pseudónimo con el que habitualmente firmaba sus escritos la madre de Federica Montseny; Teresa Claramunt, una obrera textil e importante activista y dirigente sindical sabadellense; y, finalmente, la ya mencionada Federica Montseny, la hija de Joan Montseny, un publicista anarquista conocido por el pseudónimo Federico Urales. A estas tres mujeres les he dedicado diversos escritos, pero ha sido, en especial, en Federica Montseny en quien me he detenido con mayor intensidad: edité sus escritos sobre la llamada “Mujer Nueva” y concentré en ella ese interés, casi innato, por la biografía, dando rentabilidad con *La Indomable (1905-1994)* a mis investigaciones transversales sobre hombres y mujeres del movimiento anarquista.

Bien pudiera decirse, sin embargo, que mi dedicación a la Historia de las Mujeres ha sido un tanto tardía. En general, ha sido la consecuencia de una sustitución de mi militancia política; una sustitución en la que la Historia de las Mujeres ocupó el lugar de las preocupaciones por el cambio político en el marco del antifranquismo. En un momento bastante indeterminado, bien pudiera ser coincidiendo con la aparición del semanario *Arreu* en 1976, entré en el Partido Socialista Unificado de Catalunya, el PSUC, y, dado que nunca he entendido la militancia política sin ofrecerle a la organización elegida algo de mi trabajo personal, pronto me incorporé al equipo de militantes que, de manera clandestina, empezamos a recoger la documentación histórica que habría de ser el núcleo inicial de su futuro archivo. Lo amontonábamos en Can Garcini, una masía cercana al Passeig de Maragall en el Guinardó. En aquel grupo trabajamos dos mujeres que también participamos en el traslado de la documentación a la sede del partido de los comunistas catalanes tan pronto nos enteramos de que aquella masía destartalada tenía termitas. Por diversas razones aquella fue una experiencia decisiva: Laura Tremosa, la primera catalana que se licenció en ingeniería industrial y una militante comunista que formó parte del Comité Central del partido, ha dado testimonio de que el papel de las mujeres nunca fue muy apreciado por los dirigentes del PSUC. Tampoco fue muy estimada su documentación histórica, aunque luego el fruto maduró en la rama y el valor del Archivo fue reconocido siendo depositada e incorporada con todas garantías legales y políticas la documentación al Arxiu Nacional de Catalunya con sede en Sant Cugat.

En resumen, una nueva insatisfacción, pero esta impulsó una intensificación de mi vida profesional y una mayor dedicación a mi trabajo como historiadora feminista. Se abrieron otras puertas y bien puede decirse que mi dedicación a la Historia de las Mujeres fue la consecuencia de una sustitución de mi militancia política comunista y una dedicación centrada ya para siempre en el terreno de la historia y en el de la institucionalización académica de los estudios feministas. No quiere decir ello que los inicios no fueran difíciles, complicados y muy duros. Es cierto, no satisficieron las expectativas creadas y tuve que hacer codo

con codo la travesía del desierto en el movimiento de los “penenes”. Pero la lucha anti-franquista había supuesto una escuela, un aprendizaje, nos había enseñado y había creado el convencimiento de que, si la sociedad no nos depara a las mujeres el reconocimiento que nos merecemos, la Universidad no iba a ser diferente. Lo cierto es que el mayor o menor reconocimiento conseguido hemos tenido que ganárnoslo.

En la Universidad encontré importantes ayudas y ejemplos a seguir. Quiero citar aquí a mi colega y amiga Mary Nash, la historiadora irlandesa felizmente afincada cerca de nosotras en Cataluña. Éramos compañeras de curso, nos habíamos encontrado cuando acabábamos la carrera y, además de que consiguió crear la primera asignatura de Historia de las Mujeres en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona, enseguida impulsó el Centro de Investigación Histórica de las Mujeres, el CIHD, dentro del CEHI, el Centro de Estudios Históricos Internacionales que había creado Vicens Vives en 1949. El CIHD visibilizó de una manera muy inteligente y continuada sus actividades en los espacios universitarios (la imagen de una bella mujer, siempre la misma, pero en diferentes colores) e invitó de manera regular a importantes académicas feministas de diferentes procedencias dentro y fuera de nuestras fronteras. Es cierto que el CIHD tuvo problemas, pero también que fue una escuela feminista para el aprendizaje académico que de manera progresiva abrió esta presencia y especialización en las universidades catalanas.

Al mismo tiempo, Mary Nash mantuvo abiertas las relaciones y encuentros con la Federación Internacional de Centros de Investigación en Historia de las Mujeres, la FICHIM, y en uno de los encuentros celebrados en el mítico edificio del CSIC de la calle Duque de Medinaceli de Madrid en que Reyna Pastor tenía su despacho, el núcleo de historiadoras feministas establecido alrededor de esta plataforma decidimos crear en 1991 la Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres, la AEIHM. La idea era coordinar los centros de investigación existentes en la academia española y estimular las relaciones con las historiadoras feministas de fuera de España y las de estas con las españolas. Es cierto que la tarea no fue fácil y que, en cierto modo, nos vimos forzadas a hacerlo porque las instituciones políticas decidieron exigir en sus convocatorias de subvenciones el perfil asociativo de las concurrentes. En paralelo, estudiosas feministas de diferentes disciplinas, no solo de historia, tuvieron que hacer lo propio en la Asociación Universitaria de Estudios de las Mujeres, la AUDEM. Elaboramos los Estatutos, los registramos e iniciamos la trayectoria de Seminarios y Coloquios Internacionales bienales que tan bien conocéis y que han convocado a importantes y destacadas académicas internacionales dando unos rendimientos ciertamente destacados. En suma, las historiadoras y, en general, las estudiosas feministas nos vimos forzadas a dar realidad civil y asociativa a una realidad de cuyos rendimientos académicos ya habíamos dado sobradas pruebas y de la que por tanto el conjunto social y político no debía haber dudado.

También han sido altísimos para la Historia de las Mujeres los rendimientos de *Arenal*, la revista que se publica en la Universidad de Granada y una iniciativa diferenciada de la AEIHM, pero promovida por el mismo grupo de historiadoras que la habíamos impulsado y que se ha dado en llamar Equipo Arenal (hoy son directoras Mary Nash y Cándida Martínez, junto con Reyna Pastor, que lo es honoríficamente). La creación de *Arenal* fue así mismo el resultado de numerosas aportaciones. A su Consejo Asesor se incorporaron destacadas historiadoras argentinas, brasileñas, británicas, estadounidenses, francesas, mexicanas, italianas y, finalmente, la totalidad de su grupo promotor. Estas últimas discutieron, junto con las directoras, el título de la revista que, evidentemente, evoca a la eminente jurista, pedagoga y escritora gallega que la encabeza, pero mis apuntes recogen también una explícita alusión a los arenales que, formados por las olas al romper en la orilla, advierten de su capacidad creadora. Juntas, ambas evocaciones denotan el entusiasmo y convencimiento feminista con que *Arenal* fue creada y que desde 1994 se ha traducido en dos nú-



Susanna Tavera (en el centro)

meros anuales, agrupados en 28 volúmenes, y en una colección de dossieres monográficos que, centrados en temas de actualidad, pretenden marcar la orientación feminista y académica de la revista. Por último, la sección de Estudios incluye trabajos de temática diversa y traducciones de trabajos que han alcanzado gran impacto dentro y fuera de España. El trabajo de la revista *Arenal* ha sido reconocido de diversas maneras: primero fue aceptada para su inclusión en la *Web de Science* ESCI y en SCOPUS y, finalmente, distinguida en el 2020 con el Sello de Calidad FECYT.

La decidida apuesta por el trabajo y la colaboración en redes académicas feministas ha sido también el motivo de mi decidida participación en el Institut Interuniversitari d'Estudis de Dones i de Gènere, el iiEDG, que dirigí hasta mi jubilación en 2015 con la voluntad de promocionar los estudios de género y rentabilizar lo aprendido en las fases anteriores de mi trabajo como historiadora feminista. Creado a iniciativa de investigadoras catalanas de diversas disciplinas, el iiEDG agrupa la práctica totalidad de los grupos de investigación feminista de las principales universidades catalanas públicas y privadas (la UB, la UAB, la UdG, la UPC, la URV, la UdL y, finalmente, la UVIC). En aquellos años y, también, con posterioridad, el iiEDG ha asumido brillantemente las funciones docentes del Máster en Estudis de Dones, Gènere i Ciutadania. El número de estudiantes matriculados, mujeres y hombres, ha estado siempre alrededor de los 40 (cuando en la Universidad de Barcelona otros apenas sobrepasan los 5). El éxito y satisfacción ha sido tal que alrededor del año 2000 impulsamos el Doctorado en Estudis de Gènere: Cultures, Societats i Polítiques con el ob-

jetivo de promocionar la investigación científica mediante aproximaciones transversales e interdisciplinarias de numerosas doctorandes sudamericanas. El iiEDG ha contado, además, con el reconocimiento de las Instituciones –por ejemplo, la concesión en el 2010 del Premio Dixit, concedido por la Generalitat de Catalunya–. Sin embargo, y, aunque la originalidad y el entusiasmo feminista de sus integrantes hayan sido las características fundamentales de su trabajo, el iiEDG ha tenido que enfrentarse siempre a numerosos problemas económicos que han lastrado su estabilidad y solidez académica.

A la hora de hacer balance sobre los temas en los que he trabajado, debo decir que he encontrado especialmente difícil mantener el convencimiento metodológico sobre la necesidad de trabajar la Historia de las Mujeres de manera transversal o, lo que es lo mismo, abordándola desde el conjunto de la historia social de los correspondientes momentos políticos estudiados. Es la convicción con que abordé la biografía de Federica Montseny, ya aludida, e inserté la trayectoria personal y militante de esta anarquista, que llegó a ser la primera mujer ministra de la Historia de España, en el conjunto de temas asociativos, intelectuales y políticos de los años 1905-1994 y, sobre todo, en los de la historia general del movimiento ácrata. Quiero decir que el movimiento anarcosindicalista o la Guerra Civil son en esa biografía algo más que un mero contexto o entorno a manera de decorado. Con ese mismo convencimiento, proyecté el libro colectivo y mucho más reciente titulado *Sufragisme i Sufragistes: Reivindicant la ciutadania política de les dones*, en el que han colaborado no solo un buen puñado de profesionales catalanas y del Estado español, sino también algunas historiadoras francesas, italianas y norteamericanas (a todas ellas se les ha conservado la lengua original de sus trabajos). También ha sido operativo ese convencimiento en los estudios realizados, junto a Araceli Bruch, en las introducciones que abren cada una de las conferencias pronunciadas en el *Ateneu Barcelonès* durante 1910 por Carme Karr. Esta escritora catalanista y periodista feminista las pronunció casi un año después de la *Setmana Tràgica* de julio de 1909 y la crisis política abierta por la violenta revuelta popular no podía ser obviada ni negligida. Tampoco podían ser obviados el contexto de la sociabilidad catalana y de los cambios urbanos en la Barcelona de las primeras décadas del siglo xx. Ese mismo convencimiento ha guiado mi participación en las Exposiciones gráficas que nos fueron encargadas sobre la presencia de las mujeres en la vida del Ateneo Barcelonés. Las dos primeras, las correspondientes a los períodos 1881-1923 y 1923-1975, las realicé en colaboración con Araceli Bruch y con Reis Fonatanals, la tercera, la que arranca en 1975 y finaliza en el 2020. Este sería, pues, un ejemplo de la Historia de las Mujeres, abordada transversalmente en el conjunto de la historia de la sociabilidad asociativa de la Cataluña en el *Vuitcens* y el *Noucents*.

Trabajar individualmente o como grupo y, además, en red, a un lado y otro del mapa de la historiografía feminista de este país, ha sido posible gracias al infinito entusiasmo de muchas compañeras que sería muy largo citar. No obstante, unas han aparecido ya a lo largo del texto y otras lo hacen en los documentos que internet ofrece de las asociaciones, revistas e instituciones feministas con las que he trabajado y a las que me he referido ya. Lo importante es ahora señalar que con todas esas académicas he compartido la confianza en la capacidad de cambio social que implica la historia feminista y que, todavía hoy, es tan necesaria. Es esa confianza la que le da a nuestro trabajo el progresivo sentido de construcción que da título a este escrito. Teresa González Calbet, una historiadora alborozada, que gustaba de ejercer como conciencia crítica feminista y que desgraciadamente ya no está entre nosotros, acostumbraba a recordarnos los provechos de trabajar con el apoyo de una amigable red de compañeras con las que compartir objetivos y con las que discutir la política de la investigación y las principales hipótesis y conclusiones. Efectivamente, es así. Gracias a los *curriculum* forjados y a la legitimidad universitaria y política alcanzada, se ha conseguido que la Historia de las Mujeres cuente hoy de estabilidad en los programas universi-

tarios. Todo ello a pesar de la incompreensión de algunos compañeros y de determinados estamentos. No estoy hablando de tiempos pasados. Todavía hoy están presentes esos sesgos y a menudo se transforman en barreras difíciles de saltar por las investigadoras más jóvenes. Su éxito de nuevo depende de la capacidad para ejercer complicidades y montar redes. La agenda de los estudios feministas continúa abierta en las universidades españolas y, sorprendentemente, la Historia de las Mujeres todavía tiene importantes retos pendientes, retos que dificultan de manera extraordinaria el trabajo de las historiadoras más jóvenes. No tendrían que transitar las universitarias de hoy los caminos que tuvimos que recorrer nosotras. Y en ellos se incluyen, por supuesto, la doble carrera que el género y la vida profesional han impuesto en nuestras vidas. Hace ya un tiempo se me ocurrió discurrir sobre el calendario profesional de nuestros compañeros de departamento y el nuestro: por regla general, hemos hecho las mismas cosas, pero las mujeres las hemos hecho algo más tarde y la diferencia está casi siempre en los años en que la vida familiar ha absorbido nuestras energías y dedicación. El intervalo cronológico acostumbra a ser el de la maternidad y las obligaciones familiares.

Este proyecto de “Las ‘70” y esta entrevista me han ofrecido la posibilidad de reflexionar sobre el conjunto de mi trabajo en la Historia de las Mujeres y en la institucionalización de los estudios feministas. Debo decir que su papel en el conjunto de mis contribuciones escritas a la Historia Contemporánea han sido importantes jalones en mi trayectoria profesional. Lo han sido porque me han ayudado a superar períodos ágrafos de mi biografía profesional, porque han constituido un importante aprendizaje en esa construcción personal de la que hemos estado hablando antes y, también, porque me han enseñado las inmensas ventajas personales que reporta escribir Historia Feminista. En la conversación que mantuvimos, me preguntasteis por el tema de tesis que elegiría hoy y, sin duda alguna, sin habérmelo planteado nunca antes, os contesté: “Las Mujeres Anarquistas”. Lo mantengo después de haber reflexionado sobre ello y esto es algo más que una mera declaración de intenciones.

Seguidamente, en su testimonio, Pilar Pérez-Fuentes nos mostrará su recorrido intelectual como historiadora –y como feminista– durante las últimas décadas. Desde su inicio, esta trayectoria aparece marcada por la búsqueda de sentido y el deseo de entender mejor la sociedad en la que habita. Descubriremos así que se acercó a la historia desde la insatisfacción que produjeron en ella las respuestas que le ofrecían las ciencias naturales, aquel empirismo que parecía cerrarse sobre sí mismo sin penetrar en el mundo social. La relación de Pilar Pérez-Fuentes con la historia no ha sido siempre, sin embargo, de plácida complicidad. De hecho, los primeros desengaños vinieron de unos estudios universitarios que dejaban fuera del foco las personas, problemas y perspectivas que más atraían su interés y que debieron esperar en los márgenes la llegada de una necesaria renovación historiográfica. Pilar Pérez-Fuentes ayudó, con su trabajo y una voluntad tenaz, a esa renovación que hizo de la historia un instrumento más útil para entender el mundo que nos rodea.

En su caso, aquella continua búsqueda de sentido no interpeló solo a la historia. De forma semejante a otras historiadoras de su generación, y como hemos señalado también para el caso de Susanna Tavera, el compromiso político y la lucha feminista estuvieron en el centro de la experiencia vital de Pilar Pérez-Fuentes. En realidad, la línea divisoria entre el compromiso político y la práctica historiográfica no resultó ser tan nítida. Como ella misma revela en su relato, “la historia implicaba compromiso” y, a su vez, ese compromiso desbordaba la práctica de la investigación histórica. Por otro lado, el feminismo impregnó ambas cosas, la militancia política y la historia, haciendo imposible entender cada uno de estos aspectos por separado. Además, el proyecto de construir una genealogía feminista que proveyera de referentes para el cambio individual y colectivo hacía de la historia una forma de conocimiento de hondo significado político. La historia actuaba sobre la política, y el feminismo y las aspiraciones de cambio social actuaban sobre el quehacer histórico.

Estos tres niveles aparecen en el relato de Pilar Pérez-Fuentes fuertemente conectados. Tal vez la idea de separarlos solo tenga que ver con la necesidad que sentimos de ordenar una experiencia vital que, en la práctica, es indivisible. Y quizás por ello los intereses y las energías fluctúan de una faceta a otra a lo largo de la vida, de su vida, generando nuevos equilibrios. La emoción de la rebeldía antifranquista y la emoción feminista no son ajenas a la emoción del contacto con las fuentes y la atracción mágica por los archivos de las que nos habla Pilar Pérez-Fuentes en estas páginas. Pero los contextos cambian y, en un momento dado, la entrega militante y la intensa actividad política fueron cediendo terreno al oficio de escribir y enseñar historia. Cuando algo así sucede, cualquier historia no vale. Debe ser una historia crítica y, de algún modo, rebelde. Debía ser, en definitiva, una historia capaz de desafiar la autoridad de una verdad histórica construida, como ella misma afirma, sobre paradigmas androcéntricos.

Pilar Pérez-Fuentes forma parte de una generación de historiadoras que debieron luchar por la legitimidad de su proyecto historiográfico y de su perspectiva de análisis, y también por la autoridad intelectual de los resultados de su investigación. Ella narra de forma muy expresiva cómo un grupo de colegas debieron diseñar estrategias de oposición crítica en un ámbito historiográfico hostil como era el de la demografía histórica. De algún modo, ella volvía a chocar con los datos puros, con las ilusiones estadísticas, con la verdad indiscutible de unos números incapaces de reconocer su naturaleza profundamente cultural. Se trataba de subvertir para sobrevivir como historiadoras feministas que aspiraban a explicar el pasado sin prejuicios disfrazados de verdad incuestionable. Congresos, asociaciones académicas, grupos y proyectos de investigación, todos ellos fueron campos de disputa en los que cada avance fue fruto del esfuerzo y la determinación. Aquella lucha no fue rápida ni sencilla, pero creó lazos de colaboración y solidaridad que Pilar Pérez-Fuentes identificaba en su relato. Estos lazos dejaron una huella de gratitud y reconocimiento que perdura en el tiempo y atraviesa sus palabras.

Y el balance es, finalmente, positivo. Pilar Pérez-Fuentes Hernández percibe que el esfuerzo individual y colectivo ha merecido la pena, que se ha conseguido llevar el género y el sujeto mujeres al centro del análisis histórico, donde dialoga de tú a tú con otras categorías como la clase, la nación o la raza. Pero, además, y no menos importante, la historia de las mujeres y de género ha sido un motor de renovación historiográfica. Como ella subraya en estas páginas, la preocupación creciente durante los últimos años por las dimensiones cultural, discursiva o emocional de la realidad pasada ha tenido en la historia de género un acicate y un vehículo privilegiado. Como verán a continuación, Pilar Pérez-Fuentes supo encontrar siempre ámbitos colectivos desde los cuales proyectar sus intereses y contribuir en primera persona a dicha renovación con espíritu crítico e inconformista.

PILAR PÉREZ-FUENTES (BILBAO, 1948). LA BÚSQUEDA DE SENTIDO: FEMINISMO E HISTORIA

Nací en Bilbao, en 1948, hija mayor de una familia conservadora e hice mis primeros estudios en un colegio de monjas, así que nada auguraba mi trayectoria vital y profesional. Mi inclinación por la Historia fue tardía. Recuerdo que era una niña muy curiosa e interesada por el funcionamiento de la vida y del mundo en general y me gustaba especialmente la biología y las ciencias naturales. La historia que me enseñaban era memorística y centrada en el mundo antiguo y medieval, en las esencias de la España grande y eterna. Y a pesar de que era una empedernida lectora de historias, esta asignatura no me interesaba mucho; tal vez porque no les encontraba una lógica a los supuestos cambios históricos, ni una emoción que me conectase con las hazañas masculinas que me contaban.

Al realizar el curso preuniversitario en un Instituto de Bachillerato tuve un profesor de filosofía, marxista, con el que descubrí el valor y el poder de la filosofía para preguntarse

por aquellas cuestiones para las que las ciencias no tenía respuesta. La filosofía como una herramienta de pensamiento crítico para cuestionar la tradición y la autoridad; para vivir de manera menos estúpida y más inteligente –decía–; para que rompiésemos con la educación y los modales establecidos; para que dejásemos de ser estúpidas señoritas. Era una voz de autoridad nueva que me dejó una profunda huella.

Empecé la licenciatura de Biología y pronto descubrí que no respondía a mis expectativas. Mientras resolvía esta crisis existencial –qué quería ser en la vida– asistí como oyente a clases de Historia y de Filosofía en la Universidad de Deusto. Y tuve la oportunidad de descubrir a Braudel y la epopeya del Mediterráneo en tiempos de Felipe II y la obra de algunos hispanistas, y a entender mejor qué había pasado en España en los dos últimos siglos. El mundo y el país en el que vivía, cómo se habían construido, empezaban a tener sentido. Así que inicié la carrera de Filosofía y Letras, con la especialidad de Historia.

Para entonces ya había empezado mi militancia antifranquista en el Partido Comunista de Euskadi. Buscaba una comunidad política de iguales con los que luchar por la libertad, la democracia y el socialismo y pronto me encontré con que mis propios compañeros, los “progres”, con los que compartía activismo político y riesgos en la clandestinidad, no nos veían a las mujeres como compañeras de lucha a su nivel y tampoco entendían nuestras inquietudes. A pesar del malestar que esto nos causaba, por entonces yo no me definía propiamente como feminista. Es una identidad que fui construyendo e interiorizando al final de los años 70.

Los ecos del 68 también llegaban a las aulas; y el estado de excepción de 1969 y el proceso de Burgos de 1970. Vivíamos en una continua ebullición política. Y mientras, muchas clases me resultaban soporíferas: especialistas en historia antigua y frailes medievalistas, historiadores y antropólogos etnicistas. Trataba de conocer mejor la historia reciente de España a través de las publicaciones de Ruedo Ibérico. Bebíamos de los hispanistas y a pesar de los controles policiales, pasábamos “al otro lado” a comprar libros.

Y viajábamos a la Universidad de Pau a escuchar a Manuel Tuñón de Lara, un historiador comprometido, de izquierdas, una voz de autoridad. Aquellos años también fueron de descubrimiento de otros modelos de mujer, sobre todo vinculados a la II República, como Clara Campoamor o Margarita Nelken. Aparecían mujeres en el escenario con las que establecer un lazo entre el pasado y el futuro que queríamos construir como mujeres. Y también nos llegaban los ecos del movimiento hippy exaltando el amor, la paz y las filosofías orientales. Todo ello nos empujaba a la ruptura con los viejos modelos de feminidad de nuestras madres y abuelas. Otra manera de pensarnos, de sentir y de proyectar nuestros cuerpos, de vivir la sexualidad y el amor, y también de viajar. Una rebeldía continua que también nos caracteriza a muchas de mi generación.

En 1977 tuvieron lugar las primeras Jornadas de la Mujer en Euskadi y se creó la Asamblea de Mujeres de Bizkaia, de la que formé parte manteniendo la militancia en el PCE y en CC.OO. Constituimos un grupo dedicado al trabajo femenino y a labores de archivo, que fue el embrión, años después, del Centro de Documentación de Mujeres Maite Albiz.

En este camino de los años 70 y 80, la lectura de obras de Sheila Rowbotham, Zillah Eisenstein, Shulamith Firestone, Heidi Hartmann, Christine Delphy o Wally Seccombe fueron determinantes. Lecturas feministas en búsqueda de una teoría que abarcara la totalidad del cambio social. También leí a Simone de Beauvoir y tardé en entender su mensaje como historiadora, pero me dejó el mandato de que, de alguna manera, podía deshacerme y rehacerme. Ser mujer de una determinada manera no estaba escrito en mis genes.

Entré como profesora de Geografía e Historia de un Instituto de Bachillerato en 1973 y descubrí la pasión de enseñar y de aprender de nuevo, llevada por un ambiente de continua renovación pedagógica de la historia y de las ciencias sociales. La política, una y otra vez, de telón de fondo en un país en ebullición que deseaba construir un futuro de libertad y



Pilar Pérez Fuentes

democracia. Necesitábamos borrar los relatos oficiales sobre el pasado y establecer genealogías que legitimasen y anclasen los proyectos de futuro. Todo estaba por hacer en aquellos años en los que tuve una intensa actividad como militante política y sindical y en el incipiente movimiento feminista.

En las aulas iba tratando de aunar mis inquietudes feministas con una historia más renovadora de la mano de la antropología francesa y de historiadores marxistas británicos como Eric Hobsbawm y Edward P. Thompson, que marcaron nuestra preferencia por la historia social.

Era consciente de que necesitábamos una genealogía, un saber que nos conectase con las mujeres del pasado. Carente de recursos, empecé, como otras compañeras de mi gene-

ración, a transitar ese complejo camino como activistas del feminismo, como historiadoras y como enseñantes. Compartimos años duros en los que no había cartografía para moverse y nos mirábamos unas a otras buscando entre todas herramientas y horizontes. Todas somos hijas de nuestro tiempo, pertenezco a una generación de historiadoras para las que la historia implicaba compromiso y mi trayectoria personal y profesional no escapa de este condicionante.

En ese camino quiero señalar dos pioneras que fueron muy importantes para mí. María Ángeles Durán publicó *Nuevas perspectivas sobre la Mujer* (1979), instándonos a efectuar rupturas epistemológicas, sin miedo. Fundó en 1981 el Seminario de Estudios de la Mujer en la Universidad Autónoma de Madrid como un espacio de diálogo interdisciplinar en el que nos encontrábamos economistas, antropólogas, sociólogas, geógrafas e historiadoras como M. Carmen García Nieto, Pilar Folguera, Mary Nash, Pilar Domínguez, Rosa Capel y Geraldine Scanlon, entre otras. Todas teníamos un gran compromiso político y feminista con la disciplina y con la docencia. Y mi amistad personal con muchas de ellas sigue viva actualmente.

Para las historiadoras, Mary Nash desde la Universidad de Barcelona, era un punto de referencia. Porque en aquellos años era difícil investigar y enseñar historia de las mujeres: ¿qué historia? ¿por dónde empezar? ¿con qué fuentes? Mary Nash hizo una recopilación de textos sobre *Mujer, familia y trabajo en España 1875-1936* (1983) que fue muy valiosa para la docencia; y también inició el debate sobre la mujer como sujeto histórico en *Presencia y protagonismo: aspectos de la historia de la mujer* (1984). Poco a poco nos fueron llegando las aportaciones de Joan Scott, Natalie Zemon Davis o Michelle Perrot, quienes renovaron la historia social incorporando, a través del concepto de género, el paradigma cultural.

A finales de los años 80 puse fin a una etapa de activismo político llevada en parte por las continuas tensiones como doble militante, pero, sobre todo, por la necesidad de contribuir activamente a la renovación de la disciplina desde una perspectiva feminista. Quería hacer la tesis doctoral y dedicarme a la investigación y a la docencia universitaria. A finales de 1987 obtuve una beca del Seminario de Estudios de la Mujer de la UPV/EHU vinculado al Departamento de Antropología. Una incorporación más tardía a la vida académica tuvo las ventajas de no tener que realizar un doble *curriculum* porque ya estaba inmersa en debates sobre la historia de las mujeres y del género, y cercana a corrientes historiográficas más renovadoras.

Entré ese mismo año como becaria del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco, en 1989 como profesora contratada y en 1991 como Titular. Desde entonces he ejercido la docencia en la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación y en la Facultad de Relaciones Laborales.

Considero importante detenerme en la elección del tema de la tesis doctoral porque marcó mi camino como investigadora durante muchos años y soy consciente de que abrí una fructífera línea de investigación. El paisaje industrial envolvía mi vida desde pequeña y la industrialización y su impacto en los sectores populares y en los niveles de vida de la clase trabajadora eran los temas estrella en aquellos años. Eran preguntas propias de quienes miraban el pasado cercano en un territorio industrial y en un contexto historiográfico de marxismo renovado. Por otra parte, seguía con mucho interés la obra de la socióloga italiana Laura Balbo sobre la articulación entre el ámbito público y el privado, entre el Estado y la familia, y sobre la doble presencia de las mujeres y su contribución a la construcción del Estado del Bienestar. Un *patchwork* –decía ella– en el que el sistema de género era la clave en la articulación del orden social. Una perspectiva muy útil para quienes queríamos introducir las demandas del feminismo en la agenda política y también para las historiadoras.

Mi interés era problematizar el trabajo de las mujeres y la falsa separación público/privado, hacer visible la relación entre mercado de trabajo, mujeres y familia, y cuestionar, en definitiva, los paradigmas androcéntricos sobre los que descansaban los relatos sobre la

modernización socioeconómica. La acelerada industrialización de Bizkaia era un excelente laboratorio para replantearse el relato sobre un proceso histórico que tenía carácter fundacional en el País Vasco; quería poner en el centro del mismo a las mujeres y al sistema género como pieza clave para su comprensión. La obra de Louise Tilly y Joan Scott, publicada en 1978, *Mujeres, trabajo y familia*, fue un referente fundamental.

Pero ¿qué fuentes utilizar para hacer otro relato de la industrialización y sus efectos en la vida de las mujeres y de los hogares? Tenía que cambiar la lente con la que mirar. En aquellos años, la investigación demográfica compartía objetivos y motivaciones con la historia social. Las fuentes demográficas se presentaban como un instrumento útil para hacer visibles a los individuos de distintas edades, sexos y condición social dentro de sus hogares y para abordar el impacto diferenciado de la industrialización sobre los comportamientos vitales y las condiciones de vida de las clases trabajadoras. Eran perspectivas y metodologías micro que iluminaban a los sujetos— y, por tanto, a las mujeres. De alguna manera, desde la demografía histórica y desde la historia económica algunas historiadoras pensábamos que nuestro —otro— relato feminista de los procesos de industrialización y de la llamada modernización social sería irrefutable. Ha sido un largo y fructífero pulso a paradigmas que parecían incuestionables.

Las aportaciones de Peter Laslett y de Richard Wall —del grupo de Cambridge— sobre la familia, así como las de Tamara Hareven sobre la interrelación en los cambios en la organización de la producción y de la reproducción que se generan en la transición a la sociedad industrial, también fueron un referente fundamental. Me llevaron a descubrir que determinadas fuentes demográficas —padrones de población nominativos— constituían excelentes fotografías, y como todas las fotografías, con discursos/filtros integrados para que veamos de una determinada manera cada hogar, cada persona conviviente con nombre y apellidos: sexo, edad, origen, oficio, parentesco. Y allí estaban las mujeres. Y revisé archivos patronales y fuentes obreras en las que se recogían datos sobre salarios y presupuestos familiares, y miles de registros civiles de matrimonios, de defunciones, de nacimientos. Y todavía recuerdo la emoción que sentí cuando imaginé la posibilidad de reconstruir un puzzle con fuentes cruzadas, y establecer un puente entre el mercado de trabajo y los hogares, y abordar de manera más significativa el hecho de casarse y de formar una familia, con quien compartir el hogar, la evolución de la fecundidad o el reparto de los recursos de trabajo dentro del grupo familiar, en definitiva, cómo eran las formas de vida de amplios sectores populares. La dimensión discursiva de las fuentes demográficas quedaba de manifiesto al clasificar sistemáticamente a las mujeres como amas de casa a pesar de que participasen económicamente en la sostenibilidad de las familias atendiendo trabajadores huéspedes en sus hogares, ocupándose de huertas y ganado en los caseríos o formando parte de la mano de obra industrial y del sector servicios. Esta aproximación microanalítica me permitía abandonar los cálculos y debates macro —irreales— en los que los sujetos desaparecían y las controversias se ideologizaban. Pero era una tarea difícil de abordar, y necesitaba de apoyo estadístico e informático, herramientas poco usuales en nuestra disciplina en aquellos años.

Con la tesis abrí una línea de investigación y una metodología que generó un grupo de investigación en el Departamento, dirigido por Manuel González Portilla, sobre demografía histórica, un campo de innovación con amplia proyección internacional en estrecho contacto con la Asociación de Demografía Histórica (ADEH) y la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (IUSSP).

Éramos muy pocas las historiadoras que investigábamos sobre estos temas referidos al trabajo femenino y a las estrategias y economías familiares desde una perspectiva de género. Un área muy masculinizada, con académicos convencidos de que su disciplina era una fuente de verdades incuestionables, que manejaban la varita mágica de la cronología de los procesos de modernización y sus modelizaciones. Introducir la historia de las mujeres y la pers-



Pilar Pérez Fuentes

pectiva de género en la reformulación de estos procesos ha sido y es una dura tarea. Conscientes de ello, dentro de ADEH formamos un grupo que se comprometió a que en cada congreso hubiese una sesión con perspectiva de género y a sostener esta línea de investigación con sólidos proyectos que acabaron teniendo una dimensión europea. Compartí estos objetivos en diferentes momentos con Cristina Borderías, Carmen Sarasúa, Luisa Muñoz, Lola Valverde, Mercedes Arbaiza y Arantza Pareja entre otras.

En 1993 conseguimos que hubiese una sesión sobre el trabajo de las mujeres y que Mary Nash fuese ponente invitada al III Congreso de la ADEH en Braga, ella nos aportaba autoridad académica. “Mujer, Trabajo y Reproducción”, bajo ese paraguas planteamos por primera vez, de manera abierta, una crítica feminista a las categorías económicas universales e intemporales y al uso de las fuentes estadísticas sin tener en cuenta la discursividad de las mismas. Empezamos a poner de manifiesto los erróneos cálculos que los historiadores manejaban sobre aspectos fundamentales del proceso de modernización económica. Significaba deconstruir un discurso que se presentaba como superior a otros discursos, como un discurso científico y, por tanto, incuestionable. En aquella sesión, la cultura acompañaba a los números. Y allí teníamos a Mary como respaldo. Sus aportaciones sobre la eugenesia, la maternidad, sobre la reforma sexual, sobre las actitudes que conducían a determinados comportamientos demográficos nos ayudaban a entender mejor los cambios y a tender puentes hacia una historia demográfica con perspectiva de género.

Estoy satisfecha de los resultados de las investigaciones realizadas sobre el trabajo de las mujeres, remunerado y no remunerado, sus aportaciones a las economías familiares y las repercusiones sobre los niveles de vida de las clases trabajadoras. Abordar el subregistro de la actividad femenina y visibilizar mercados de trabajo sumergidos ponía de manifiesto la

ilusión estadística de la domesticidad de las mujeres. A pesar de la creciente difusión modelo *male breadwinner family*, la actividad económica de las mujeres continuó siendo central para la sostenibilidad de los hogares. El modelo de *hombre ganador de pan y mujer ama de casa* condicionó las experiencias de trabajo de las mujeres, pero no conllevaba una relación unívoca entre el discurso de género hegemónico y las estrategias familiares de amplios sectores de población. Resultados que me llevaron a un mejor conocimiento de las complejas relaciones entre prácticas sociales y discursos. Un último paso en esta dirección fue construir una metodología para la reconstrucción de tasas mínimas de actividad femenina en determinadas localidades vascas por medio de un minucioso cruce nominativo de fuentes. Y también los resultados sobre consumo diferencial por género en el ámbito familiar que realicé con Cristina Borderías y Carmen Sarasúa aportaron información sobre otro aspecto determinante del modelo de *male breadwinner family*.

Otro momento importante en mi trayectoria investigadora tuvo lugar cuando realicé una estancia en el Archivo Nacional de Cuba —esa atracción mágica por los archivos, que en parte se ha perdido!— en busca de fuentes sociodemográficas que permitiesen conocer de manera sistemática cómo funcionaba esta sociedad tan compleja racialmente y en la que la esclavitud se mantuvo hasta la década de 1880. Me preguntaba ¿cómo incidía la cuestión racial y la experiencia de la esclavitud en las formas de vida de las mujeres y en la formación y organización de los hogares y de las familias? Pude acceder a fuentes demográficas inéditas de las últimas décadas del siglo XIX que me abrían la puerta a miles de hogares con su composición y la taxonomía impuesta a cada persona que los habitaba: nombre, sexo, raza, condición, trabajo, estado civil, entre otras variables. Una fuente que rebosaba significados. En colaboración con el Centro de Estudios Demográficos de la Habana, el Archivo Nacional de Cuba permitió la microfilmación de estas fuentes y tuvimos el apoyo de la Iglesia cubana para microfilmear registros parroquiales de nacimientos y matrimonios. Los proyectos de investigación que pude dirigir en esos años estuvieron bien dotados en convocatorias competitivas. Recientemente se pudo donar todo el material digitalizado al Instituto de Historia de Cuba para su conservación.

Un primer enfoque demográfico ponía de manifiesto que la población negra y mulata, en su mayoría, y buena parte de los sectores populares blancos con los que compartía espacios y trabajos, vivían bajo otro modelo de género y de familia muy alejadas de los códigos de respetabilidad de las élites. La cohabitación, la jefatura femenina de los hogares, las altas tasas de actividad de las mujeres racializadas frente a la domesticidad de mujeres de las élites blancas o los altos niveles de madres solteras y prole ilegítima eran indicadores de que las relaciones entre hombres y mujeres y las formas de organizar la vida familiar de amplias capas de población se regían por códigos de respetabilidad diferentes.

A pesar de la riqueza de los resultados, las preguntas que me hacía y la necesidad de diálogo con aquellas mujeres y aquellos hombres desbordaban los objetivos con los que inicié la investigación: ¿cómo era realmente la experiencia de la subalternidad? Al mismo tiempo, las estancias como investigadora y como profesora contratada en Georgetown University en 1999 y 2000 y en la Universidad Veracruzana fueron una gran experiencia no solo como docente, ya que tuve la ocasión de sumergirme en la Biblioteca del Congreso de los EE.UU., donde la bibliografía y la documentación sobre Cuba y América Latina era cuantiosa.

La participación en el Grupo de Investigación Experiencia Moderna de la UPV/EHU, coordinado por José Javier Díaz Freire, al que sigo vinculada, me ayudó a revisar resultados y materiales desde perspectivas postmodernas. El lema del grupo, *Another past is possible*, invita a una reflexión continua sobre la conexión presente/pasado y a una constante renovación teórica y metodológica. Desde esa premisa, volví a reflexionar sobre la experiencia de la subalternidad de quienes vivían en Cuba bajo códigos y prácticas sociales identificadas como el “germen” africano a erradicar del cuerpo social. La riqueza biblio-

gráfica y hemerográfica que se generó en Cuba en torno al proceso de independencia me permitió abordar la construcción de la identidad nacional cubana en términos de género y raza. El enfoque de los estudios feministas y postcoloniales de Ann Stoler y Anne McClintock me ayudaron a desvelar las estrechas vinculaciones que existen entre raza, género y sexualidad a la hora de construir y mantener las relaciones de poder y dominación en los ámbitos coloniales, así como su relevancia en la construcción de las identidades nacionales. En Cuba, las “bárbaras” costumbres de la población racializada dificultaban su integración en el cuerpo de la nación. Una patria civilizada significaba sobre todo un modelo de género regenerador capaz de superar los lastres de la esclavitud y de la africanidad, que les permitiese alcanzar la respetabilidad necesaria para hacerse merecedores de su inclusión en el cuerpo blanco de la nación. La construcción de una identidad nacional requería de un pacto de fraternidad que encerraba una doble exclusión fundacional de raza y de género. El control sobre la sexualidad de las mujeres se convertía en requisito de la masculinidad civilizada, de tal manera que el estudio de las masculinidades cobraba una gran capacidad interpretativa de la historia política y cultural cubana del fin de siglo.

El nuevo orden de género se traducía en un conjunto de biopolíticas orientadas a transformar el cuerpo racializado de hombres y de mujeres como condición de posibilidad de formar parte de una nación que se proyectaba como blanca. En esa intensa pugna entre identidades –cuerpo a cuerpo– había una enorme carga emocional a la que pude aproximarme a través de la llamada prensa negra desde la que se crearon campos de identificación emocional y discursiva. Compartí la vergüenza que sentían al verse en la mirada del otro que expresaba su repugnancia ante el cuerpo negro, el dolor y la indignación ante la injusticia de un presente y un pasado reciente y lejano de sufrimiento y de vejación que seguía en sus mentes y en sus recuerdos, que formaba parte de su subjetividad. Comprendí la importancia que tiene la dimensión emocional de la experiencia como forma de acceso al mundo y el creciente interés académico por las emociones para entender cómo se construyen las identidades y la experiencia de la subalternidad. En este campo soy deudora de Sara Ahmed –“lo emocional es político”– y su teoría sobre el estrecho vínculo entre emociones y acción política y la capacidad que tienen para construir las fronteras entre un “nosotros” y los otros.

En este largo camino de rupturas y de búsquedas de nuevos paradigmas historiográficos, las redes de apoyo y colaboración han sido fundamentales. Una de las más importantes ha sido la AEIHM. Formé parte de la Junta de la asociación como vocal, vicepresidenta y luego presidenta (2008-2010). Fueron unos años de compromiso y de abrir aún más la asociación a enfoques menos transitados por las historiadoras de las mujeres, insistiendo en la dimensión articuladora y relacional del género, y también de diálogo con las historiadoras de América Latina.

En mi trayectoria como investigadora también ha sido fructífera la participación en el grupo Trabajo, Instituciones y Género de la Universidad de Barcelona, dirigido por Cristina Borderías, con la que siempre he mantenido una colaboración intensa y fructífera, de apoyo mutuo a nuestros proyectos y a doctorandas/os.

Dentro de mi propio Departamento, no puedo dejar de señalar apoyos y complicidades en torno a los que se han construido fuertes lazos intelectuales y de amistad. Con Lola Valverde he mantenido una estrecha relación de trabajo para el estudio de las mujeres racializadas y sus estrategias de supervivencia y blanqueo en Cuba en el siglo XIX. Un campo inédito de investigación en España. La ardua tarea de reconstrucción de la actividad femenina en el País Vasco no hubiera sido posible sin Arantza Pareja. Con Mercedes Arbaiza he compartido y comparto líneas de investigación, publicaciones y compromisos como ciudadanas activas en nuestros entornos. Es difícil ser una historiadora vasca sin cuestionarse las identidades nacionales y más aún en un contexto de violencia terrorista. Desde ese compromiso

con la disciplina, juntas abordamos el fenómeno nacional como una forma de conciencia cultural, como resultado de un relato sobre el pasado creado y recreado por los nacionalismos. Propiciamos el debate sobre la nación y la identidad nacional como forma de conciencia que imagina la patria y nacionaliza la realidad que toma de referencia.

El mundo académico no ha sido fácil para muchas de nosotras. Es innegable que han existido y existen pactos para controlar líneas de investigación, de reclutamiento y de promoción, propuestas de tribunales, etc., que continúan generando malestar en profesoras y alumnas. Tampoco ha sido fácil para buena parte de mi generación hacer carrera académica en el marco de las políticas lingüísticas del Gobierno Vasco.

He mantenido un compromiso con el magisterio mediante renovaciones curriculares desde la perspectiva de género y he incentivado al alumnado a adentrarse en nuevos temas de investigación. Entre los apoyos que he podido ofrecer, no puede faltar la implicación con los doctorandos/as. Ese era otro campo de monopolio de quienes controlaban grupos de investigación. He dirigido tres tesis con una intensa dedicación y un seguimiento y apoyo posterior de sus trayectorias de inserción profesional y académica.

Podemos hacer un balance satisfactorio de lo que hemos conseguido como historiadoras de las mujeres y del género, con toda la heterogeneidad que representamos en enfoques, temáticas y trayectorias personales. Lo cierto es que hemos cuestionado viejos paradigmas historiográficos. Y creo que nuestra capacidad de problematizar e influir en los debates ha venido de la mano de situar el género como una categoría analítica central e imprescindible para el análisis de las sociedades del pasado. Hemos contribuido a convertir el género en una categoría de análisis tan necesaria como la clase, la nación o la raza para la comprensión de los procesos históricos. Pero más aún, con la desestabilización de categorías y paradigmas hemos facilitado el giro cultural, el giro lingüístico y el giro emocional. Me atrevo a asegurar que la acelerada renovación historiográfica en la que vivimos no se desarrollaría de la misma manera, ni con la misma intensidad, sin el abanico de posibilidades que hemos ido abriendo las historiadoras feministas. A pesar de las voces críticas sobre la categoría género, bien como despolitización o borrado del sujeto mujer, bien señalando su deriva esencialista, binaria y falta de dinamismo crítico de la que a veces adolece, considero que es una herramienta desde la que pensar no solo lo social y sus complejas e inestables articulaciones, sino también la construcción histórica de la diferencia y del poder. Y más aún desde los enfoques aportados por las feministas postcoloniales.

El oficio de historiadora me ha enseñado muchas cosas, sobre todo, a respetar la diversidad de agencias y de estrategias de quienes desean mayores cotas de libertad y de dignidad. En este momento de grandes cambios y tensiones, el diálogo con el pasado es muy necesario para aprender a vivir reconociendo diferentes memorias, experiencias y expectativas de futuro. Estoy firmemente convencida de que nuestra disciplina es una vacuna contra los discursos de intolerancia y odio que últimamente proliferan.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA DE SUSANA TAVERA

- Susanna Tavera, *Federica Montseny: la indomable (1905-1994)*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.
- Susanna Tavera, "La memoria de las vencidas: política, género y exilio en la experiencia republicana", *Ayer*, 60 (2005), pp. 197-224.
- Susanna Tavera, "La declaración de Séneca Falls, género e individualismo en los orígenes del feminismo americano", *Arenal: Revista de historia de las mujeres*, 3: 1 (1996), pp. 135-144.
- Mary Nash y Susanna Tavera, *Las mujeres y las guerras: El papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*, Icaria, Barcelona, 2003.
- Mary Nash y Susanna Tavera, *Experiencias desiguales: conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*, Síntesis, Madrid, 1994.

SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA DE PILAR PÉREZ-FUENTES

- Pilar Pérez-Fuentes, “Masculinidades en pugna: género, raza y nación en Cuba, 1878-1898”, en Teresa María Ortega López, Ana M. Aguado y Elena Hernández Sandoica (coords.), *Mujeres, dones, mulleres, emakumeak: Estudios sobre la historia de las mujeres y del género*, Cátedra, Madrid, 2019, pp. 323-343.
- Pilar Pérez-Fuentes, “Body to Body with the Liberals: The Association Movement of the “Coloured Race” in Cuba: 1878-1898”, en María Sierra (ed.), *Enemies Within: Cultural Hierarchies and Liberal Political Models in the Hispanic World*, Cambridge Scholar Publisher, Newcastle, pp. 109-146.
- Pilar Pérez-Fuentes, “Women’s Economic Participation on the Eve of Industrialization. Bizkaia, Spain, 1825”, *Feminist Economics*, 33 (2014), pp. 160-180.
- Pilar Pérez-Fuentes, *Ganadores de pan y amas de casa: Otra mirada sobre la industrialización vasca*, UPV, Bilbao, 2003.
- Pilar Pérez Fuentes, *Vivir y morir en las minas, estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína (1877-1913)*, UPV, Bilbao, 1993.

Susanna Tavera y Pilar Pérez-Fuentes: el compromiso con el feminismo y la historia

Susanna Tavera y Pilar Pérez-Fuentes: commitment to feminism and history

NEREA ARESTI

Universidad del País Vasco/EHU

MIREN LLONA

Universidad del País Vasco/EHU

Resumen

Dos historiadoras de referencia de la historiografía de las mujeres y de género, Susanna Tavera y Pilar Pérez-Fuentes, realizan un ejercicio de reflexión autobiográfica, poniendo en relación sus aspiraciones personales, como mujeres feministas y progresistas, y su compromiso con la historia. El objetivo compartido por ambas ha sido considerar a las mujeres sujetos activos del cambio social para, de esa manera, incorporar al análisis histórico formas alternativas de interpretar el pasado. Sus trabajos, sin embargo, responden a inquietudes y formas de hacer historia distintas. Las diferencias y paralelismos entre ambas trayectorias son fiel reflejo de la diversidad en este campo historiográfico, pero también de las fuertes conexiones que dan cuerpo a esta generación de historiadoras.

Palabras clave: Historia de las mujeres, historia de género, feminismo, historiografía feminista, memoria.

Abstract

Two leading historians of the historiography of women and gender, Susanna Tavera and Pilar Pérez-Fuentes, carry out an exercise in autobiographical reflection, linking their personal aspirations, as feminist and progressive women, and their commitment with the story. The objective shared by both has been to consider women as active subjects of social change in order to incorporate alternative ways of interpreting the past into the historical analysis. His works, however, respond to different concerns and ways of making history. The differences and parallels between both trajectories are a true reflection of the diversity in this historiographical field, but also of the strong connections that give shape to this generation of historians.

Keywords: Women's history, gender history, feminism, feminist historiography, memory.

Miren Llona

Profesora Titular de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco/EHU. Su trabajo de investigación se centra en tres áreas de interés: la construcción de las identidades contemporáneas en el País Vasco; la historia oral y el análisis de la memoria desde una perspectiva cultural; y la historia de género y el estudio de las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Llona forma parte del Grupo de investigación "Experiencia moderna" de la UPV/EHU. Entre 2010 y 2012 ha sido vicepresidenta de la International Oral History Association (IOHA) y en la actualidad es presidenta de la Asociación Española de Investigación en Historia de las Mujeres (AEIHM).

Nerea Aresti

Profesora de la Universidad del País Vasco/EHU. Doctora por la State University of New York y por la propia UPV/EHU, es especialista en historia de género. En los últimos años ha centrado su investigación en la historia de las masculinidades y las estrategias discursivas del feminismo contemporáneo. Es autora de *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo XX* (2010) y *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX* (2001). Ha coeditado el volumen *¿La España invertebrada? Masculinidad y nación en los inicios del siglo XX* (2016). Aresti forma parte del grupo de investigación “Experiencia moderna” de la UPV/EHU.

Cómo citar este artículo:

Nerea Aresti y Miren Llona, “Susanna Tavera y Pilar Pérez-Fuentes: el compromiso con el feminismo y la historia”, *Historia Social*, núm. 105, 2023, pp. 159-178.

Susanna Tavera y Pilar Pérez-Fuentes: el compromiso con el feminismo y la historia”, *Historia Social*, 105 (2023), pp. 159-178.